



## NUMERO 6.º

---

### Recibimiento á Maximiliano en Méjico.

A las nueve de la mañana del once de Junio, salían por la garita de San Lázaro de la ciudad de Méjico ciento setenta y tantos carruajes, conteniendo lo mejor que en hermosura, en ciencia y posicion social contiene la capital del Imperio. La comitiva se dirigió al llano de la hacienda de Aragon, por donde debían pasar SS. MM. Al llegar á este lugar eran más de doscientos los carruajes, todos particulares, y los lacayos vestían lujosas libreas. En el punto convenido por la comision encargada de organizar la comitiva, se detuvo ésta, formándose en ala los carruajes: los de las Señoras, que eran abiertos, á la derecha, y los de los caballeros á la izquierda, colocándose en el centro la carroza de gobierno tirada por cuatro soberbios frisones. Esta era para SS. MM. A la comitiva se agregaron cerca de quinientos ginetes de lo más florido de la juventud mejicana. A las diez y media de la mañana llegó la caravana al Llano de Aragon, y colocada en el orden que hemos dicho, aguardó á SS. MM. Una comision de ginetes, presidida por el Sr. D. Felipe N. del Barrio y Rengel, conde de Alcaraz, se adelantó á anunciar á SS. MM. que la ciudad de Méjico, representada por multitud de Señoras, propietarios, co-

merciantes, abogados y hombres científicos, aguardaba en el Llano de Aragon á los ilustres monarcas, nuncios de la Union y de la Paz. El Sr. Barrio manifestó que SS. MM. deseaban que la calesa que les estaba preparada, se adelantase para entrar en ella. El carruaje se adelantó. La comision había dispuesto que al llegar SS. MM. al Llano, se apeasen las Señoras y caballeros, poniéndose en pié delante de su carruaje, y que la comision encargada de presentar á SS. MM. el voto de gracias de la ciudad, sería la que se adelantase hasta la carroza imperial. Apenas apareció en el llano la ilustre pareja, cuando Señoras, caballeros y ginetes, como impulsados por un movimiento irresistible, se dirigieron á encontrar á los ilustres viajeros en medio de los vítores y aplausos á SS. MM., al Emperador de los franceses, al Rey de los belgas, agrupándose toda aquella escogida multitud en derredor de la carroza imperial. S. M. el Emperador se dignó ponerse en pié dentro del mismo carruaje, y con su sombrero en la mano, saludaba á todos los que le victoreaban. S. M. la Emperatriz, con la sonrisa en los labios saludaba á las Señoras. Hubo un momento en que el entusiasmo rayó en delirio: fué necesario que el Sr. Elguero suplicase á la concurrencia que suspendiese un momento sus aplausos porque la Comision iba á hablar. El muy respetable Sr. D. Luis G. Cuevas, presidente de la Comision, fué el fiel intérprete de los sentimientos de la ciudad de Méjico para con SS. MM., y puso en manos del Emperador el voto de gracias, que los habitantes de la capital del Imperio le dirigían por haber aceptado el trono. Dicha manifestacion estaba colocada en una elegante pasta de carey, llevando en un lado incrustadas las armas imperiales y en el otro la dedicatoria. El voto de gracias de las Señoras mejicanas fué presentado á S. M. la Emperatriz por las Sras. Doña Carlota Escandon, Doña Leocadia Molinos de Arango, y por otra Señora cuyo nombre no recordamos. No pudimos oir la alocucion

del Sr. Cuevas ni la contestacion del Emperador; pero sabemos que S. M. contestó en términos afectuosos y benévolos hácia los mejicanos. Vimos que estaba conmovido, y sabemos tambien, que indicó al Sr. Cuevas que las Señoras corrían peligro de ser atropelladas por los caballos de los ginetes, que fuera de sí por el entusiasmo, se confundieron con la comitiva de á pié. El Sr. Cuevas manifestó que SS. MM. estaban al rayo del sol, y que por lo mismo suplicaba á la concurrencia que se abriese para que los ilustres monarcas siguiesen su camino. Así se verificó, atravesando SS. MM. en medio de la buena sociedad de Méjico, en cuyo centro tuvimos el gusto de contemplarlos por algunos momentos. Rodeaban la calesa imperial los Señores Cuevas, Florez y Elguero (D. Hilario), que formaban la Comision, y además los Sres. Larrainzar, Vértiz (D. Juan), Vértiz (Dr. D. José María), Muñoz Ledo, Echeverría (D. Antonio), Segura (D. Sebastian), y otras personas notables, cuyos nombres no recordamos. Entre los ginetes pudimos distinguir á los Sres. Barron, Escandon, García Icazbalceta y otros. SS. MM. siguieron su camino para la villa de Guadalupe de Hidalgo en medio de los vítores y aplausos, llevando tras sí los doscientos carruajes de que hemos hablado, y los quinientos ginetes les sirvieron de escolta. Así es como la ciudad de Méjico saludó por vez primera á nuestros augustos soberanos. SS. MM. estarán ya convencidos por sus propios ojos, de que el voto de la Asamblea de Notables que hace un año les ofreció el trono de Méjico, es el voto verdaderamente nacional.

La villa de Guadalupe, engalanada de cortinas y vários arcos, no podía contener el gentío que ocupaba sus calles, plazas, azoteas y campos vecinos. Tropas francesas y mejicanas formaban valla hasta la Colegiata.

A las dos de la tarde, el estampido del cañon y los repiques á vuelo anunciaron la aproximacion de SS. MM., y el gentío que ocupaba el centro de la villa se adelantó á

su encuentro victoreándolos. Bajo el arco inmediato á la estacion del camino del hierro, recibieron á los Monarcas las autoridades políticas y municipales de Guadalupe y los Señores Prefectos político y municipal y el Excmo. Ayuntamiento de Méjico. Desmontaron allí SS. MM. y fueron tambien recibidos bajo palio por los Ilmos. Sres. Arzobispos de Méjico y Michoacan, Obispo de Oajaca, Abad y Cabildo de la Colegiata, yendo hasta el templo á pié y circundados de inmenso gentío, que no cesó un punto de saludarlos y poblar de aclamaciones el aire, cada vez con mayor entusiasmo. Ni un punto cesaban tampoco Sus Majestades de corresponder afablemente á las manifestaciones del cariño popular, tan generales cuanto sinceras y espontáneas.

En el templo, esmeradamente adornado é iluminado, una excelente orquesta hizo oír sus melodías á la entrada de SS. MM., quienes ocuparon el trono erigido en el presbiterio, haciendo patente su piedad religiosa. El Ilmo. Señor Lavastida, acompañado de los demás prelados presentes, entonó el *Domine salvum fac Imperatorem*, y terminada la ceremonia, SS. MM. pasaron, seguidos de multitud de personas, por la sacristía, á la parte alta del edificio del Cabildo.

Reunidas en una de las salas las autoridades todas, anuncióse la salida de SS. MM., á quienes victoreó tres veces la concurrencia. Tomando entónces la palabra el prefecto político de Méjico, Sr. Villar y Bocanegra, dijo:

"Señor: Al pié del portentoso cerro del Tepeyac, y dividiéndonos sólo una pared del templo en que se venera á la protectora y Madre de los mejicanos, la Virgen Guadalupeana, se presentan el Prefecto político del primer Departamento del Imperio, el Prefecto municipal de la gran ciudad de Méjico, su Excmo. Ayuntamiento, el Ilmo. Señor Arzobispo y demás autoridades, llenos todos del más

grato placer y rebosando sus almas de alegría ante sus amados Soberanos, dándoles el parabien por su feliz arribo á las puertas de la ciudad en que está erigido el trono que es han levantado los mejicanos. Me faltan expresiones para manifestar á la vez nuestra gratitud, porque abandonando otro trono, riquezas, patria, padres, hermanos y amigos, compadecidos de nuestra desgracia, se han dignado VV. MM. venir á procurar hacernos felices, y salvarnos de los males que nos conducían á desaparecer del catálogo de las naciones. Por sólo informes y papeles conocieron VV. MM. la voluntad de un pueblo que les aclamaba, y hoy personalmente están viendo que no se les engañó, y que desde las playas de Veracruz hasta las puertas de la capital, todos aclaman á sus Soberanos, no teniendo límites el entusiasmo. Con él seguiremos los mejicanos hasta el fin; y protesto, Señor, en nombre del Departamento que es á mi cargo, que todos obedeceremos y ayudaremos á los monarcas que por aclamacion nos hemos dado. ¡Salud á SS. MM. II!»

Repitiéronse los vivas de toda la concurrencia, y siguió un profundo silencio porque S. M. el Emperador hablaba: "Vivamente conmovido—dijo—por la entusiasta acogida que he recibido en todas las poblaciones de mi tránsito, mi emocion y mi gratitud adquieren mayor intensidad al hallarme á las puertas de la capital, viendo reunidas para felicitarme á sus principales autoridades, en un lugar tan respetado y querido para mí y para la Emperatriz, como para todos los mejicanos. Admito complacido vuestras felicitaciones, y os saludo con la efusion de quien os ama y ha identificado su suerte con la vuestra!"

Méjico, la capital del Imperio, la ciudad que siempre se ha distinguido por sus ideas de orden y de sincero desinteresado patriotismo; el núcleo de la sociedad sensata de donde había salido la idea salvadora de monarquía, esperaba con plausible y justa ansiedad la dicha de recibir en

su recinto, á las augustas personas que llenas de abnegacion heróica han renunciado su patria y á las grandezas que en ella disfrutaban, por el noble y cristiano anhelo de hacer la felicidad de una nacion desgraciada que, rotos los ejes del órden que la sostuvieran, rodaba á su disolucion completa, y hubiera desaparecido del catálogo de las naciones, si la Providencia, compadecida de sus hijos, no le hubiera destinado para salvarla, la mano del ilustre Soberano que felizmente rige los destinos de la patria.

No bien el Excmo. Ayuntamiento de Méjico publicó el programa en que indicaba las calles por donde Sus Majestades habían de pasar, cuando ya todas las personas trataron de contar con un sitio seguro para tener la dicha de verlos. Los balcones de las calles de Plateros, Vergara y San Andrés, fueron alquilados á precios fabulosos, llegando á valer por sólo ese instante de la entrada, desde cien hasta quinientos pesos cada uno. El camino de Morelia, de Toluca, del Interior y de todos los puntos del Imperio, era un cordon no interrumpido de gente que en carruajes, á caballo y aún á pié, venía á la capital, ávida de presenciar el acto solemne de la recepcion de sus monarcas, siendo tal la afluencia de forasteros en Méjico, que no encontrando ya posada, ni ménos donde alojarse, tuvieron que tomar habitaciones en lo más retirado de la ciudad y á precios sumamente exorbitantes.

El domingo doce de Junio de mil ochocientos sesenta y cuatro fué el dia grande de Méjico. Hacía un año y un dia que se había promulgado solemnemente el decreto de la Asamblea de Notables proclamando al Imperio y al Emperador. Los habitantes de la capital que habían escuchado asombrados aquel decreto, y habían aguardado su realizacion con una dulce esperanza mezclada de recelo y de duda, vieron aquel dia entrar por sus engalanadas calles al Soberano y á su Esposa, entre las aclamaciones de la multitud que los contemplaba como enviados del cielo.

Todo aquello habya parecido un imposible, un sueño, una quimera; y era sin embargo una realidad.

La ciudad se había vestido espléndidamente para recibir dignamente á sus Soberanos. Era la novia ataviada con sus más preciosas galas y ricas joyas, esperando risueña y henchida de júbilo al prometido de quien esperaba la felicidad. En Palacio las puertas se veían adornadas de bellísimos arcos, dorados de exquisito gusto, y en los balcones se ostentaban ricas colgaduras con los colores del pabellon nacional. Sobre cada una de las tres puertas de entrada, se veía un retrato al óleo del Emperador. Los edificios de la Diputacion, Correos, Aduana y Minería y todas las calles, pero muy especialmente las del tránsito de Sus Majestades, estaban brillando de cintas, colgaduras, coronas, flores y banderolas.

Poco ántes de penetrar en la primera calle de Plateros, se elevaba en la Plaza de Armas un suntuoso arco dedicado al Emperador; arco majestuoso, de órden romano, de bellísimas proporciones, que revelaba inmediatamente las hábiles inteligencias que lo concibieron y lo llevaron á cabo. En ese arco lucen cuatro hermosas columnas de bellas proporciones, y en los intercolumnios se descubren, en relieve, la alegoría de las ciencias y de las artes. Sobre el cornisamento se admira un friso donde van representadas, en bajo relieve, la Comision de Miramar y la Junta de Notables: sobre ese acabado friso, que sirve como de zócalo, se destaca la estátua del Emperador, de tres y media varas: á su derecha tiene la figura que representa la Equidad, y á la izquierda la Justicia; ambas de un mérito sobresaliente y de gran efecto.

Imposible es dar idea del adorno de todas las calles. La primera de Plateros, de que se hizo cargo la Comision de San Luis de Potosí; la segunda de Plateros, que representaba al distrito de Tulancingo, y la de Vergara que correspondió á los guanajuatenses, fueron de las mejor adorna-

das, y cuenta que todas lo estaban con esplendor y buen gusto. Arcos, templetes, columnas con jarrones y macetas de arbustos y flores naturales; mástiles con banderas, flámulas, lemas y trofeos; cortinas, retratos, cifras, flores y banderas en los frentes de los edificios; hé aquí los principales elementos constitutivos del adorno general, cuya profusion y elegancia no nos sería dable ponderar. Habiendo hecho mencion de la calle de Vergara, debemos hacerla del edificio de la legacion francesa, magníficamente decorado de banderas y festones de heno y flores, que formaban un conjunto verdaderamente agradable. No lo era ménos el de la casa que ocupa el club aleman en la tercera calle de San Francisco. Por interesantes que sean estos detalles, hay que prescindir de ellos para dar idea de la entrada de Sus Majestades en Méjico.

A las ocho y media de la mañana, en la estacion del camino de hierro convertida en un vasto salon en cuyo centro se levantaba un trono provisional, y cuya alfombra en todo el largo del mismo salon llegaba hasta cerca de los rieles ó rails, se reunió la comitiva oficial que debía marchar á Guadalupe, y salió inmediatamente, presidida por el Señor Prefecto político de Méjico. Llegada al edificio del Cabildo de la Colegiata, aguardó á SS. MM. en una sala contigua á las alcobas imperiales, y á la cuál fueron entrando sucesivamente el gran Mariscal de la Córte, las Damas de honor y otras personas de la casa de SS. MM. Serían las nueve cuando SS. MM., que habían ya oido misa en la Colegiata, salieron de sus habitaciones, seguidos de la comitiva, y á pié, y correspondiendo á las saluciones y aclamaciones de la gente agolpada en el tránsito, fueron á la estacion del camino de hierro, á tomar el tren que debía traerlos á Méjico. El wagon destinado á SS. MM. estaba ricamente alfombrado; tenía el cielo de seda azul celeste, cornisa de metal dorado, colgaduras de raso blanco; y en el fondo, un camarín forrado de seda carmesí con dos mag-

níficos sillones: fuera del camarín había asientos para los individuos de la Casa Imperial, en cuya union venían el Excmo. Sr. ministro de Estado Velázquez de Leon, y el Señor Iglesias, secretario particular. Entre repiques y salvas de artillería, partió el tren luégo que las autoridades y demás personas de la comitiva ocuparon los otros wago-nes. El edificio de Santiago Tlaltelolco, el de Tecpam y hasta las casas más miserables del camino tenían banderas ó cortinas, y cerca de los rails se agrupaban los campesinos, con palmas algunos y el sombrero en la mano casi todos, á ver pasar á SS. MM.

La llegada á la estacion de la Concepcion, cercado de millares de personas á pié, á caballo, ó sentadas en los tablados y gradas de las calles y azoteas, causó visible emocion y desusado movimiento. Al desmontar SS. MM. fueron acogidos con repetidas y entusiastas aclamaciones de la multitud, y se dirigieron al salon recibiendo al pié del trono allí erigido, las llaves de la ciudad presentadas por el Sr. prefecto municipal D. Miguel María Azcárate, á cuya breve y sentida arenga respondió el Emperador en términos dignos y benévolos. Las llaves son de oro, esmaltado á trechos, y riquísimamente trabajadas por artista mejicano: representan en su parte superior, la una el águila y la otra la diadema imperial, y estaban puestas en una bandeja de filigrana de plata.

Al dirigirse SS. MM. á la carroza que allí les aguardaba, fueron aclamados por los Señores generales de division y de brigada, comisionados para acompañarlos á su entrada. Tendió el Emperador la diestra al general Mejía; pero su caballo, azorado con el estrépito de los vivas y cañonazos y con la lluvia de flores, listones y versos que caían de azoteas y balcones, se encabritaba una y otra vez é impidió al vencedor de Matehuala acercarse. Habiendo montado los Monarcas, se puso en movimiento la comitiva toda, con arreglo al último programa publicado, abriendo la

marcha dos mitades de caballería; siguiendo el Excelentísimo Ayuntamiento, los Señores Prefectos político y municipal, personas de la casa de SS. MM., las Damas de honor, el Excmo. Sr. Ministro de Estado, el Excmo. Gran Mariscal de la Côte y SS. MM. II., trayendo á la derecha de la carroza al Excmo. Sr. general Bazaine y al Sr. general Woll, y á la izquierda al Sr. general Salas; y cerrando la marcha el Sr. general Baron Neigre, los Señores generales mejicanos y el Estado mayor, tras el cual venía la columna engrosándose con las tropas que formaban la valla en toda la carrera. Al llegar al arco de la Paz, en la esquina de la Mariscalá, algunos niños del Hospicio de Pobres allí formados bajo la vigilancia del regidor respectivo, Sr. Gardida, ejecutaron un himno ensayado para tal ocasion.

No hay palabras con qué pintar el entusiasmo popular en el tramo de la estacion del camino de hierro al arco de la Paz, y otro tanto sucedió respecto de la calle de San Andrés. Del grandioso edificio de la Escuela de Minas, perfectamente adornado y lleno de gente agolpada en azoteas, balcones, pórtico y hasta molduras, salían millares de flores, cintas, versos en papel de color; los niños batían palmas, las Señoras agitaban sus pañuelos, los hombres sus sombreros, y de todos los labios partían gritos de júbilo y bienvenida. La carroza imperial se detuvo allí un poco, miéntras SS. MM. correspondían afablemente á esas demostraciones de cariño, y continuó su marcha, volviendo á detenerse pocos momentos en la calle de Vergara, frente al Gran Teatro, en cuyo vestíbulo había un trono provisional. Bajo un pabellon de lienzo en mitad de la calle, aguardaban y dieron la bienvenida á SS. MM. los Señores Comisionados por el Departamento de Guanajuato y un grupo de Señoras distinguidas de Méjico.

En la tercera calle de San Francisco tuvo lugar otro incidente animadísimo: el club alemán que, como se dijo había adornado profusamente la hermosa casa en que cele-

bra sus reuniones, ocupaba puertas, balcones y alturas, desplegó en ellas la bandera belga y saludó á SS. MM. en el idioma nativo con entusiasmo que rayaba en delirio. En el atrio de la Profesa, la Comision de Michoacan obsequió á los Monarcas con un himno, cuya letra es del apreciable jóven D. Tirso R. Córdoba, y que fué ejecutado por profesores de esta capital. Frente al Colegio de Minería una niña muy bien vestida presentó á SS. MM. un ramo de oliva. En la primera de Plateros otra preciosa niña, hija del Señor Dr. Vértiz, les ofreció unos ramilletes.

Al llegar la comitiva á Catedral, fué recibida en el atrio por las Comisiones, que aguardaban allí todas, presididas por los Señores Subsecretarios de Estado. Hasta las primeras gradas del mismo atrio salieron á recibir á Sus Majestades y á introducirlos bajo palio al templo, los Ilustrísimos Sres. Arzobispos de Méjico y de Michoacan; los Obispos de Oajaca, Querétaro y Tulancingo; el de Caradro *in partibus*, auxiliar del de N. Leon; el Cabildo metropolitano, los párrocos y todo el venerable clero de la capital. El templo estaba muy bien iluminado y adornado, ostentando cortinas y colgaduras de terciopelo carmesí con franjas y borlas de oro, en el altar de los Reyes, en el tabernáculo y la cornisa; grandes flámulas ó gallardetes suspensos de las bóvedas, y trofeos de grandes banderas, mejicana, francesa, austriaca y belga, en las columnas cercanas al tabernáculo. Ocuparon SS. MM. el trono preparado en el presbiterio, y á cuyos lados formaron alas unos cuantos guardias de Corps, y entónces dióse principio al *Te-Deum*, entonado por el Ilmo. Sr. Lavastida y acompañado de la brillante orquesta del coro. Mucho orden hubo en la Catedral. La concurrencia de Señoras fué numerosa y escogida, y casi todas iban de mantilla. A propósito de trajes, el Emperador vestía uniforme militar y llevaba sombrero de tres picos de general mejicano, y al pecho la banda y las insignias de Gran Maestre de la Orden de Guada-

lupe. La Emperatriz llevaba un traje de seda azul y blanco, manteleta azul, y sombrero sin otro adorno que unas flores. La sencillez de su equipo era una lección elocuente contra el lujo, y hacía resaltar las gracias naturales de su semblante lleno de bondad y dulzura. Terminado el *Te-Deum*, se puso en marcha la comitiva, á pié, hácia el Palacio, saliendo á dejar á SS. MM. hasta la puerta, bajo palio, los Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos y venerables Cabildo y Clero.

Entraron SS. MM. á las habitaciones interiores del Palacio, cuya puerta estaba guardada por alabarderos perfectamente vestidos y armados, y á muy pocos instantes salieron y ocuparon el trono, quedando en las gradas y á los lados el gran Mariscal de la Côte, el Excmo. Sr. Ministro de Estado y algunos individuos de la Casa Imperial. Entonces el Maestro de Ceremonias comenzó á llamar, con arreglo á la etiqueta, á las autoridades y corporaciones que aguardaban para felicitar al Emperador. Los primeramente llamados fueron los Sres. Subsecretarios de Estado y el Excmo. Sr. general Bazaine, con quien entraron el Señor comandante militar de la plaza general Baron Neigre, y los Señores generales, jefes y oficiales del ejército franco-mejicano. No debemos callar un incidente que redundaba en honor de uno de nuestros más distinguidos jefes militares, y que pinta á lo vivo el noble carácter del Emperador. Comisionado el Sr. general Mejía para llevar la voz por la Orden de Guadalupe, á causa de la mala letra del discurso ó de la emoción que le embargaba la voz, no podía leerlo, y S. M., descendiendo una ó dos gradas, se lo tomó de las manos y se las estrechó diciéndole que no hacía caso de las palabras, sino de los corazones, y que sabía que el suyo le pertenecía. Terminadas las felicitaciones, el Emperador con voz clara y varonil contestó á todas ellas en términos breves y afables, y bajó del trono con la Emperatriz, siendo victoreados entrambos tres veces por la concurrencia.

Numerosísima era la del pueblo, reunido en la Plaza de armas frente al Palacio, con el deseo de ver á Sus Majestades nuevamente. Cumplido fué tal deseo, saludando los Soberanos desde el balcon principal, á la multitud que agitaba millares de sombreros sobre aquel mar de cabezas humanas, lanzando aclamaciones cuyo estrépito se sobreponía al de las bandas de música y al clamoreo de las campanas de la Catedral que de nuevo repicaron á vuelo.

No se puede negar que ha sido espléndida y magnífica la recepcion de SS. MM. en esta capital; pero hay algunas circunstancias que no deben pasar desapercibidas: tales son la espontaneidad de las manifestaciones, el empeño con que todos han hecho cuanto han podido para adornar é iluminar sus casas, y el entusiasmo, amor y gratitud que han manifestado. Se puede asegurar, sin temor de ser desmentidos, que Méjico ha hecho cuanto podía hacer, todo lo que sus elementos le han permitido. Acostumbrados á vivir en popularísimas ciudades, de millon ó dos millones de habitantes, como son París y Lóndres, con vecinos opulentísimos, y con todo el buen gusto que da una civilizacion sumamente adelantada, lo que Méjico ha hecho puede tal vez parecerles pobre y desairado; pero tal como se ha hecho, es cuanto Méjico ha podido hacer, atendidas sus limitadas facultades. En otras partes habrá más riqueza, elegancia y buen gusto; pero no más voluntad, amor y entusiasmo. Casas ha habido perfectamente puestas, como la del Sr. Barron y la del Sr. Escandon; pero ha habido tambien innumerables que sin estar tan lujosas, han estado elegantes y hermosas. Las casas de los Sres. Lizardi, Don Gregorio Mier, Marqués de Vivanco, Condesa Viuda del Valle, D. Ignacio Cortina, Señora de Morán, Hospicio de Pobres, Club aleman, D. José Amor, general Almonte, Don Clemente Sanz, D. Manuel de Gorozpe, Señora de Flores, Montepío y otras infinitas, eran dignas de verse. La casa del Sr. Marqués de Montholon, ministro de Francia, la Mi-

nería, el Teatro Imperial y todos los hoteles, fondas, cafés, neverías y demás edificios de este género, competían por el lujo y buen gusto de sus adornos; y sin que se entienda que hay exageracion, no había casa en que las cortinas é iluminacion no tuvieran algun adorno extraordinario. Esto prueba que el obsequio ha sido voluntario y general. Hay otra circunstancia que debe tenerse presente, y es que el bello sexo, tan delicado en Méjico, ha tomado tanta parte en las demostraciones públicas, como las del sexo masculino. Las Señoras más distinguidas por sus virtudes y el recogimiento en que viven; las más ricas, las más hermosas, todas á porfía han dado pruebas brillantes de su amor y gratitud á nuestros Soberanos. Las Señoras han salido desde las ocho de la mañana al Llano de Aragon, sufriendo el sol tropical, todo un dia, á recibir á SS. MM.; ellas han dejado sus lujosas carretelas abiertas y se han agolpado á la carroza en que venían SS. MM.; ellas no han temido ser atropelladas por la multitud de jóvenes que á caballo venían sirviendo de escolta; ellas han llenado de flores naturales y de oro y plata el carruaje en que venían Sus Majestades; ellas han enronquecido gritando vivas entusiasmadas, y ellas, por último, han salido en los víctores nocturnos con que se les ha celebrado. En fin, Méjico ha recibido á nuestros Soberanos lo mejor que ha podido, diciéndoles con sus hechos lo que se leía en la casa del Sr. Barron: *God save the Emperor. Wellcome.* "Dios salve al Emperador: seais bienvenidos."

Algunos Departamentos y Distritos del Imperio habían nombrado comisiones que los representaran en las fiestas de la capital, y que felicitaran á SS. MM. La nombrada por el Departamento de San Luis Potosí, se componía de los Sres. D. Francisco J. Bermudez, D. José María Flores, D. Francisco Ontiveros, D. Octaviano Cabrera, D. José Sebastian Segura, D. José María Tornel y Bonilla y D. Manuel Espinosa y Cervántes. La de Tamaulipas, de los Se-

ñores generales D. Miguel Blanco y D. Francisco Casanova, y D. Onofre Paredes. La de Yucatan, de los Señores D. Pedro Rivas y Peon, Lic. D. Raimundo Nicolín, Don Pedro Rivas Méndez, y Lic. D. Alonso Luis Peon. La de Michoacan, de los Sres. Lic. D. Luis G. Segura, Lic. Don Manuel Estrada, Lic. D. Alejandro Ortega, D. Francisco Castro, D. Manuel Mesa, D. Miguel Estrada y D. Benigno Ugarte. La de Jalisco, de los Sres. D. Crispiniano del Castillo, canónigo y doctor Nieto, D. José María Pacheco y D. Urbano Tobar. La de Cuernavaca, de los Sres. generales D. Felipe Chacon y D. Angel Pérez Palacios, y Sr. canónigo D. Salvador Zedillo. Otros Departamentos, Distritos y Territorios, así como diferentes sociedades y personajes, habían nombrado tambien comisionados que dieran en su nombre á los Soberanos la bienvenida. El Emperador recibió á estas comisiones en la tarde del trece de Junio.